

Siete cuentos, Una noche y un día

Juan Martínez Montero



863.44
855
2



Juan Martínez Montero, nació en El Seybo, República Dominicana y esa condición lo hizo convertirse en un hombre de América y del mundo.

Realizó sus estudios secundarios en La Romana. En la Universidad Autónoma de Santo Domingo se graduó de Contador Público Autorizado (1980). También cursó varios semestres de periodismo en ese mismo centro de estudios.

Es autodidacta en investigación de sucesos misteriosos y su analogía con la metafísica. Es docente a nivel superior, área para la que ha escrito varios instructivos.

Siete cuentos,
una noche y un día

Juan Martínez Montero

Siete cuentos,
una noche y un día

(CUENTOS)

Cocolo  Editorial

2496-20

BNPHU

PD

RD863.44

M3855

e 2

Cocolo  Editorial

© Presente edición:

Calle Santiago No. 115, Gazcue, Santo Domingo, R.D.

Teléfonos: 685-0589, 689-4270 * Fax: 689-3592

© De la obra

Juan Martínez Montero

Título:

Siete cuentos, una noche y un día

Autor:

Juan Martínez Montero

Primera Edición:

Mayo de 2002

Dibujo de portada:

Hampton

Diagramación y diseño de portada:

Stanley Gráficas & Asociados

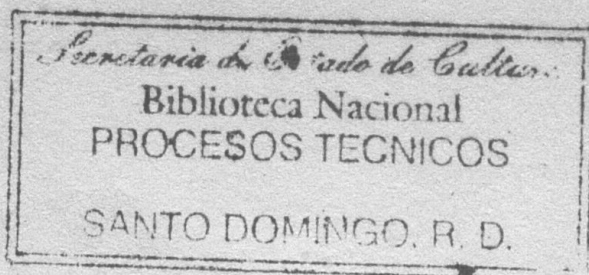
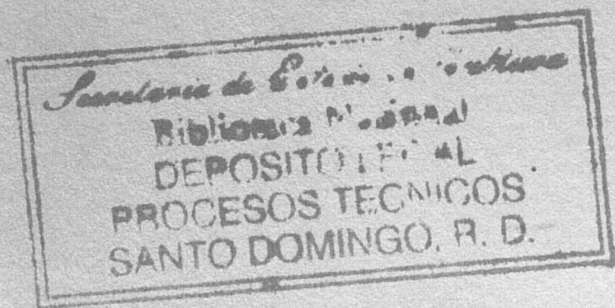
Impresión:

Editora Búho

ISBN 99934-0-303-2

Impreso en República Dominicana

Printed in Dominican Republic



BN
RD 863.44
14385
e. z

Indice

Un romance insólito 7

El poeta que quiso inspirarse y apenas pudo llorar 43

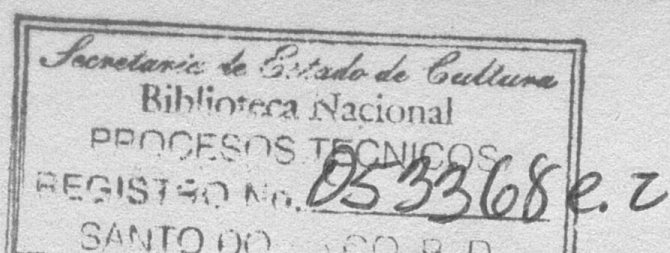
El Deseo de morir en su Tierra 47

Hasta los animales lloran 51

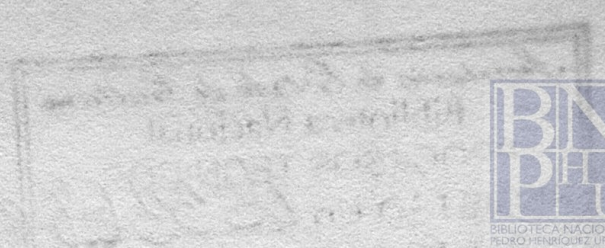
Los Hermanos Caramelos 53

El comunista que le pidió perdón a Dios 63

El Día que Salazar dejó de ser hombre 69



Faint, illegible text, possibly bleed-through from the reverse side of the page.



Un romance insólito

Domingo, momentos antes, dos o tres escasos minutos habían transcurrido después de las diez de la noche; fue la hora que Eduardo, un hombre muy disciplinado en su trabajo, emprendió el viaje. Pensó que yéndose ese día y a esa hora, podía empezar sus labores el lunes temprano. Se sintió atraído por el hecho de que el camino, desde la capital hacia su punto de destino, tenía un tránsito bastante escaso. Por eso creyó que podía hacer un recorrido plácido, envuelto en la quietud de la noche.

En la capital, trabajaba para una sucursal de una compañía distribuidora de fármacos y cosméticos. La competencia era cada vez más feroz, por tanto era necesario prestarle el mejor servicio a su clientela. Esa era hasta el momento, la mejor forma de poder mantenerse como el gerente número uno de la Chemical Clemens, CxA.

La distancia precisa, de la ciudad capital, al pueblo de Somana, era de ciento treinta y siete kilómetros. El lugar era bastante acogedor, con un despunte extraor-

dinario hacia el desarrollo. Una gran parte del capital invertido era nativo. También existían inversiones extranjeras. Las corporaciones mostraban un notable crecimiento. Sus condiciones naturales indicaban, que era la ciudad a conquistar para fines de negocios. Quedaba en el Este del país. Por ser una península, la naturaleza la favoreció con dotes naturales incomparables. Desde tiempos remotos, el poblado estuvo dotado de dos muelles. Tenía, además, en su litoral una hilera de kilómetros playeros, que convertían a este remozado pueblo, sencillamente, en un paraíso terrenal.

Para conquistar a la clientela de Somaná, Eduardo mantenía un riguroso rendimiento en el trabajo, no obstante lo frágil de su horario. En la ruta hacia esa conquista, difícilmente se sustraía de lo que no fuera exclusivamente su fin. Esa era la norma que él le había aplicado a su trabajo.

Había transcurrido unos veinte minutos, desde que dejó el tramo bullanguero de la capital. Cruzó el puesto del peaje muy despacio. A diez o doce metros de distancia, a la orilla de la autopista, divisó a una mujer sin orgullo que reflejaba una dulzura celestial, mostrando también una profunda e irresistible belleza. A simple vista medía unos cinco ocho de estatura. Era delgada; pero bien distribuida. Los cabellos rubios y una sonrisa capaz de sensibilizar al más longevo de los hombres. En toda su existencia, Eduardo, no había montado más de dos desconocidos, de los que aparecen en las carreteras pidiendo bolas.

A pesar de eso, se detuvo. Se paró como si hubiera recibido una agradable e invencible orden. Sería, tal vez, el revelador encanto de esa inusitada mujer que le hizo cambiar repentinamente la forma de actuar en la carretera?

En ese momento no pensó en María, su adorada esposa, ni en sus tres hermosos muchachos, como era de costumbre en esas circunstancias. Tampoco se percató de que la improvisada beldad, estaba acompañada de un militar que, a pesar de la noche, llevaba gafas oscuras. Le abrió la puerta, como todo un caballero, a ese encanto de mujer. Más que hablarle, la saludó con una sonrisa. Tan concentrado estaba en ese momento, que no se percató de que el militar se montó detrás. Ella, como era de suponer, ocupó el asiento de adelante.

Un perfume tierno e inusual le floreteaba en los conductos nasales al conductor. Tan atractivo y alucinante era el olor, que Eduardo se hacía imaginariamente la idea de que la tenía entre sus brazos colmándola de caricias, en vez de tenerla a su lado.

La emoción del gerente era tan intensa, que había perdido la estabilidad frente al timón del vehículo. No advirtió, que hasta ese momento su encogimiento sólo le había permitido tres palabras. La primera cuando mandó a entrar a la mujer. La segunda al contestar el saludo de ella, y ahora, por última vez, habló cuando pidió permiso para detener el vehículo a su derecha y tomar un poco de aire.

Se detuvo, se peinó y perfumó con una muestra que llevaba en los bolsillos. Luego, trató de mantenerse lo mejor presentado posible. Como vendedor era un hombre acostumbrado a hablar; pero en esta ocasión, se sen-

tía achicado y cohibido. Antes de volver a tomar el guía, meditó. “No sé lo que me pasa —se dijo— pero tengo que iniciar una conversación con esta mujer. Todavía no conozco ni su nombre. Tampoco sé si se dirige a Somana. A lo mejor se queda en San Pedro, antes de llegar a mi destino”.

Con un nuevo aire y con una presentación mental más despejada, volvió al automóvil y emprendió la marcha. Cada vez que iba a hablar, algo le obstruía la garganta. No podía articular palabras. En un momento decidió hablar más por locuaz que por voluntad, sólo consiguió emitir una burbujita de saliva, que le chorreó por la camisa.

Pasaron por San Pedro y todo siguió igual. Eso le produjo al viajante una satisfacción enorme. Algo le aseguraba que sus acompañantes iban directamente al mismo sitio que él.

Ahora redujo la velocidad, dentro de la prudencia lo más que pudo. En realidad, no quería que el tiempo transcurriera para estar por lo menos una hora más al lado de lo que sus ojos, nunca habían visto y que, según él, jamás observarían.

Por fin llegaron a su destino. Si su silencio fue morboso, el de ellos resultaba sepulcral. Como todos los pueblos, a esa hora, ya estaba en la víspera del sueño. A penas algunos puntos céntricos, especialmente de hospedajes y diversiones, se mantenían despiertos.

Por primera vez se escuchó una voz, fuera de las pocas de rigor que se habían pronunciado. Fue en tono parcial, la de un hombre que acompañaba a la excelsa mujer, y que Eduardo había ignorado durante todo el trayecto.

—Por favor, déjenos aquí.

Se detuvo de repente. No por la orden de quien le hablaba, sino que en ese momento parecía haber salido de un sueño, donde estuvo sumergido, por espacio de tres horas. Fue una amarga, pero también una fascinante pesadilla.

Al igual que cuando la joven se montó después del peaje, el sargento correspondió a abrirle la puerta. Fue entonces, cuando por fin pudo apreciar los encantos físicos que Dios había dejado caer sobre esa criatura. Así, de reflejo, pensó que la misma debía oscilar entre veinticinco o veintiocho años.

Portaba un pantalón blanco de lino y una camisa color carmín, también llevaba una cartera de piel marrón, similar a un maletín y calzaba zapatos del mismo color que la cartera.

El viajante se parqueó frente a un restaurante paralelo al Parque Central. Entró y ordenó un trago de whisky doble y puro. Se lo tomó de un sorbo; pero no se repuso del estado anímico en que se encontraba. Entonces comenzó a tomar cuerpo en él, un profundo sentimiento de culpabilidad. No le había preguntado, ni por asomo ninguna de las generales a su imprevista y efímera acompañante.

Empuñó el vaso ya vacío, acompañado por la culpa de su estupidez, pagó, como de costumbre, se fue al Brisa de la Bahía, hotel donde siempre reservaba con dos o tres días de antelación. La habitación siempre era la misma, con rara excepción se la cambiaban. Siempre le apartaban la número doce. Desde aquel cubículo, al

amanecer se observaba una impresionante vista al mar, donde se desnudaba el horizonte, antes de comenzar a verse las sinuosidades matutinas de las olas.

El lunes se levanta con nuevos bríos, pero sin poder alejar de su mente la obsesión del encuentro del domingo. Trabajó como de costumbre; sin descanso ni tregua. Comenzó desde las nueve de la mañana, hasta las siete de la noche. Cada vez quería romper su propio récord de visitas y cierre de ventas.

Llegó al hotel a las siete y treinta y cinco minutos de la noche y se fue directamente a su habitación. Se tiró de bruces sobre la cama y meditó en cada uno de los detalles de aquella mujer que a lo mejor nunca volvería a ver. Se dio un baño, se cambió de atuendo y bajó al restaurante a ocupar su mesa favorita, desde donde tenía un dominio absoluto de todo el que penetraba al lugar. No pudo percatarse de inmediato de que, frente a él, en el extremo contrario, con un traje oscuro impresionante estaba sentada con su acompañante, la viajante del domingo. El asombro fue espectral, pero muy agradable. Con un gesto suave, casi imperceptible, pero muy elegante, la mujer le indicó a Eduardo que fuera acompañarlos. El gerente, atónito y turbado se levantó de su asiento y acto seguido se acercó a la mesa de sus amigos. El militar lo invitó a sentarse.

Parecía como si aguardaban por él, porque habían tres servicios y ellos sólo eran dos.

—Buenas noches, dijo el militar.

—Buenas noches, respondió el invitado.

La joven no dijo absolutamente nada, pero estaba ahí. Sólo eso, era para él un milagro de Dios.

—Ante todo, deseo expresarle mis más encarecidas gracias por habernos ayudado el domingo. Nuestro vehículo se dañó y tuvimos que dejarlo en la carretera —indicó el militar. Vestía un uniforme de camuflaje; las insignias delatoras de su rango, se distinguían entre el color de su vestimenta.

—No es nada, para mi fue un gran placer. Lo que siento es que los dejara en la calle y no en su destino, repuso Eduardo.

—Despreocúpese, nos quedamos bastante cerca. Fíjese que del parque hasta aquí, hay muy poca distancia —explicó el sargento.

—¿Entonces, desde el domingo están aquí? —pregunto asombrado el gerente de la compañía.

—Si amigo. Así es. Ocupamos la habitación número trece —le hizo notar el militar.

—¡Ah caramba!, si somos vecinos —concluyó diciendo el supervisor.

Eduardo había comido algo muy ligero durante el día, por tal razón tenía una hambre inmensa. Regularmente, almorzaba fuerte por la noche; después caminaba por la inmensa costa de la playa cercana al hotel. Le encantaba el chivo y eso pensaba comer; pero el militar le indicó que la cena iba por la señorita Elizabeth, y que estaba ordenada.

Eduardo no puso resistencia, sin embargo, su asombro fue mayúsculo cuando llegó el mozo con una gran bandeja de chivo, víveres y arroz blanco, justo lo que él

pensaba ordenar. La única diferencia era que no habría solicitado tanto.

—Amigo, yo soy el sargento Matías. Ella es Elizabeth. Y usted, cómo lo llaman? —preguntó el sargento.

Eduardo sin salir del asombro repuso:

—Mi nombre es Eduardo Roca.

—Pues bien amigo Eduardo, esta cena es de nosotros dos. Ella apenas cena una ensalada verde y una rebanada de pescado salcochado. En ese mismo momento llegaba alguien, era el dueño del hotel, amigo del vendedor y quien traía personalmente el servicio de la joven.

—Muchas gracias Don Pancho, indicó Eduardo.

—Buen provecho y que Dios los bendiga, especialmente, a la mujer más hermosa que ha honrado esta sala, —galanteó el viejo propietario.

Comieron en silencio. A pesar del hambre, cenó realmente poco. Estaba henchido de estupor y sometido a las presiones silentes de sus colegas. Su estada recaía en uno de los mejores hoteles del pueblo. El confort era notable, y aunque los precios no eran económicos, ahí se hospedaba la mayoría de los viajeros de cierta categoría, que por lo regular eran amigos de Eduardo. Cada vez que éste se volteaba hacia uno de sus lados, se encontraba con la mirada de uno de ellos en forma interrogante. Para evitar esa actitud optó por concentrarse en el lugar donde estaba con sus amigos.

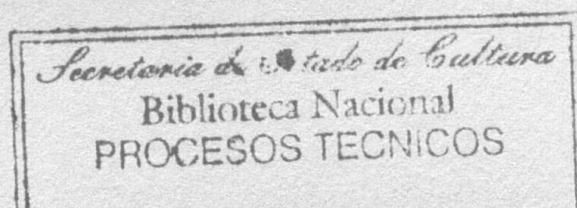
Esa mujer, Elizabeth, a discreción de todos, llenó como nunca la sala del restaurante del hotel del viejo español. Eso también aprehendía el ánimo de Eduardo,

porque al parecer, lo estaba ligando a una situación donde él era un actor que no sabía el papel que le tocaba desempeñar.

Ese día no hubo caminata. Tampoco intención. Eduardo estaba como un imberbe en sus primeros amoríos. Parecía que había sido sonsacado por los encantos solapados de una mujerzuela, que le llevaba el doble de edad y experiencia.

Completamente aturdido, quería ir al baño, pero no se animaba a moverse. Empezaban a asomársele unos gases estomacales que con mucho esfuerzo lograba contener. Sentía sin embargo, la incertidumbre de que en cualquier momento esas ventosidades lo podían traicionar. Además, el estado de presión en que se encontraba, no le permitía tener un dominio absoluto de sus esfínteres. Como un auxiliar imprevisto, pero no menos importante, el sargento pidió la cuenta del consumo. Ya era hora de retirarse. El trabajador recibió orden del Gallego, de que sólo le cobrara a los caballeros. Agradecieron las atenciones. El sargento pidió excusas a Eduardo y se marchó junto a la mujer entre dos filas de curiosos, a su habitación, la numero trece.

Don Pancho se acercó a Eduardo. A través de una amena conversación, lo interrogó acerca de esa joven tan atractiva y poseedora de modales tan depurados. Éste le explicó, como se conocieron y la impresión que esta mujer le había provocado; pero Don Pancho, el Gallego, le señaló que no sólo él era el cautivado, sino, todo el que la vio. Así mismo, le hizo saber que en ese momento él era el centro, el hombre más cotizado de todos los presentes, por ser amigo de esa señorita.



El martes en la mañana, el gerente se vistió con su mejor atavío; parecía todo un caballero, el cual, buscaba causar alguna expectativa en la mujer más hermosa que él había visto en su vida. Salió, pero su espera fue inútil, estuvo aguardando hasta las diez de la mañana, sin embargo, la joven y su acompañante no hicieron acto de presencia. No aparecieron, y él por educación, no se atrevía a tocar la puerta ni llamarlos por teléfono. No estaba autorizado para tomar tal actitud; no se atrevía. Además, sentía que esa joven estaba adornada con unos modales muy refinados, tan poco quería caer en exabruptos o en excesos de atenciones.

Se fue a trabajar; no obstante, le dejó una tarjeta de presentación con el número de su celular, el beeper y el número de teléfono de la habitación. Cada vez que sonaba el celular, pensaba que era ella, pero durante todo el día, no hubo llamada alguna de parte de la joven. No sucedió en ningún momento lo esperado. Él sólo se preguntaba.

—¿Por qué tengo que esperar llamada, si ella apenas es una recién conocida?, Bueno, pero... si esta noche no se ha ido, no hay quien me impida invitarla..

Ese martes, trabajó hasta las seis y media; después fue directamente a la tienda y compró una camisa para hacer juego con un traje que estrenaría. Llegó al hotel justo a las siete y doce minutos; el recepcionista de inmediato le devolvió la tarjeta. Le hizo saber, que la joven no había aparecido durante todo el día, y Eduardo momentáneamente se atormentó. Se retiró a su habitación para arreglarse y bajar a cenar. Cuando se disponía a salir, recibió una llamada del recepcionista; éste le

informó, que la joven acababa de llegar al restaurante. Había llegado en una limosina; en esta ocasión, sin el sargento. Ahora sólo tenía la compañía de dos sujetos, que se mantenían medio alejados, pero con una actitud de suma vigilancia.

—Gracias contestó Eduardo.

Caminando, se detuvo y meditó:

—Cómo la abordo para invitarla? Y si soy embes-
tido por uno de los acompañantes, ¿qué haré?

Se repuso y decidió enfrentar a la mujer, dejándose de tantas payasadas entró al restaurante donde ya habían curiosos. Algunos, inclusive, con pretensiones de invitarla. Pero ella permanecía aún sola, en la misma mesa de la noche anterior.

Más repuesto y aclimatado por el tiempo, entró y saludó:

—Buenas noches. Cómo estás? Hoy invito yo.

—Buenas noches Eduardo. Gracias por la invitación. Siéntate.

Antes de Eduardo halar la silla se presentó uno de los dos caballeros que estaban de guardia con una actitud interrogante, casi al lado de la joven, ésta, sin embargo, hablándole por mímicas le ordenó que se alejara, que todo estaba bajo control.

Los vigilantes vestían de civil, pero se les advertía que portaban armas de fuego. Esto, hizo que Eduardo comprendiera que la joven no era una mujer común y corriente, que debía actuar con algunas precauciones.

Esa noche el empleado de la Chemical Clemens, CxA., se sentía más cómodo. Primero por el tiempo, y

segundo, porque no tenía la presencia del sargento con ellos en la misma mesa.

Divagaron bastante en los temas que abordaron, pero siempre éste llevaba la iniciativa. Le contó que trabajaba para una surcusal, que tenía en el país una compañía americana, dedicada a las áreas de la medicina y productos de belleza.

Él era el representante de la parte Este. Específicamente el gerente de ventas y cobros. Ella, en cambio, le hizo saber que era americana, aunque de origen judío, y que andaba haciendo un estudio de prefactibilidad, ya que su padre era dueño de una cadena de hoteles a nivel mundial, estaba interesado en esa región del país. Asimismo, le señalaba, que tenía que regresar a la capital para cumplir con algunos compromisos de negocios, y que estaría de vuelta el jueves por la noche.

Cenaron con toda calma, acompañados de muchas miradas indiscretas, que no podían dejar de mirar la insólita e incomparable belleza de esa mujer.

A las diez y cuarenta y cinco minutos, con la ímpera de su amigo, se marchó a su habitación. Tenía una cita muy temprano en la capital. Sus amigos, los espalderos, desde que se levantó de la mesa se pusieron en atención. Pero ella parece que les hablaba por telepatía. Sus actitudes de protectores de inmediato se calmaban. Esta vez, como Eduardo era su vecino de habitación, la acompañó hasta la puerta, cosa que ella agradeció. Después que se despidieron, los dos guardaespaldas fueron autorizados, con un ademán similar a los anteriores, a entrar a la habitación.

En este momento se sentía más seguro. Por su cabeza fluía un manantial de incongruencias. Cómo esta joven, con tantas condiciones se sabía hecho su amiga. Cómo era posible que hicieran, incluso, una cita previa para la noche del jueves siguiente. Pensando y envuelto en ese cúmulo de vanidades, llegó directamente al restaurante y ordenó un trago. Para compartirlo, invitó al amigo Pancho dueño del hotel.

Hablaron de todo un poco, pero siempre caían en el mismo epicentro: la figura de la hermosa mujer.

Le comunicó al viejo Gallego, el móvil que traía a la rubia por esos lugares. El comerciante de origen español, lo vio con mucho agrado, porque entendía, que si se abría un complejo turístico en esa zona, él, lejos de perjudicarse, se beneficiaría ampliamente, sin hacer ninguna inversión adicional. Por todos los lados, su espíritu de comerciante le permitía ver, que podía cobijarse bajo la sombra de la plusvalía.

El miércoles, se levantó temprano y recuperó el tiempo perdido. Trabajó hasta que las puertas de sus clientes permanecieron abiertas; hizo un horario más o menos de trece horas.

Esa noche cenó; pero no se encontraba. En tan poco tiempo, se había acostumbrado a la imponente presencia de esa inolvidable mujer. Debía comer, pero ahora, sólo pensaba en la silueta para lucir lo mejor posible, al lado de ese ser con el cual estaba profundizado, en ese vínculo que ni él mismo podía definirle el nombre. Por ser tan tarde, prefirió cambiar el hábito. Pidió algo ligero. Tan pronto lo consumió se dispuso irse a la cama. Antes de

subir, el recepcionista le indicó que alguien lo había llamado, alrededor de las ocho y treinta de la noche. Era la voz de una mujer joven y sólo preguntó si él estaba. No quiso dejar mensaje.

—¿Pero, cómo hablaba? ¿No dijo si era Elizabeth?
—preguntó Eduardo.

—No, no dijo su nombre. Tenía una voz muy hermosa y suave. Contestó el empleado del hotel.

—¡Caramba! ¿Por qué no vine antes? —dijo para sí. Luego, antes de retirarse, le dejó una recomendación a su interlocutor.

—De todos modos, gracias, si vuelve a llamar, por favor tómeme el teléfono o localíceme donde sea.

El hecho de haberlo llamado, le confirmó al gerente, que la hermosa mujer, si no estaba interesada en él, por lo menos, deseaba su amistad. Y según él, aunque prefería otra cosa, eso era sumamente importante.

Cambió de opinión. Iba a salir del restaurante; pero prefirió quedarse allí una hora más, con el deliberado propósito de ver si la llamada se repetía. Pero no sucedió. Se acostó diez minutos después de la media noche. Se durmió de inmediato. Todos los efectos de la agotadora labor del día, se le manifestaron a esa hora, el cansancio era completo.

Durante el sueño, tuvo una revelación que no fue menos grata que el encuentro del domingo y el tiempo transcurrido con Elizabeth. soñó que ésta había llegado, y que lo invitó a una gran fiesta, donde todos los presentes estaban muy bien vestidos. Al llegar le presentó a gran parte de los concurrentes, los cuales eran muy abiertos y conversadores.

La actividad se efectuaba en un gran salón, con luces muy ténues que provenían de unas lámparas que colgaban del techo, formando un triángulo equilátero a simple vista. Desde el lugar donde él estaba divisó al sargento, impartándole instrucciones a los hombres que el martes cuidaban a Elizabeth. En esta ocasión el militar no era parte del grupo; se mantenía a una distancia bastante prudente, junto a otros hombres que parecían, desarrollar el mismo trabajo que él.

Estaba ansioso por conocer los padres de Elizabeth; pero ellos, no eran parte de los invitados. El único familiar que ella le presentó, fue un tío que por una cicatriz en el labio superior, denotaba que nació labioleperino. Cada vez que Eduardo lo miraba, parecía que éste le hacía una seña en forma lúgubre con el labio superior. El gerente de la Chemical Clemens, CxA., realmente sentía cierto temor, con la presencia del tío de esa mujer. Era un hombre bien conservado. Debía rondar entre los cincuenta y dos a cincuenta y cinco años de edad. Lucía además, unos bigotes bien acicalados y un traje oscuro cruzado, también llevaba una leontina que hacía un juego perfecto con los gemelos de la camisa.

—John Einstein es mi nombre —le dijo el tío cuando ella los presentó.

En ese momento, Eduardo despertó. Pensó en miles de cosas; pero ninguna se asomaba a la realidad que estaba viviendo inconscientemente.

El Jueves trabajó desde temprano. Quería agotar el día bien ocupado, para asistir al encuentro preestablecido con Elizabeth. Terminó sus labores más temprano que

de costumbre, serían poco menos de las seis de la tarde. Siempre había creído, por sus propias experiencias, que de seis a ocho de la noche, eran las dos horas, que más le rendían, pero en esta ocasión eso era secundario.

Una vez finalizada su jornada, caminó hacia el hotel. Iba organizando sus labores mentalmente, para el día siguiente reemprender su actividad lo mejor posible. Al llegar al lobby, una voz lo detuvo secamente.

—Señor Eduardo.

El conocía esa fonética. Era Matías, el militar que acompañaba a la mujer.

—Sí, dígame sargento.

—Venía a informarle, que esperan por usted.

—Gracias amigo Matías; es usted muy amable.

Eduardo meditó y hasta se enorgulleció, por el hecho, de que la joven lo hubiese mandado a llamar. “Ella es más atrevida que yo —pensó en un levísimo momento— en días pasados, esperé hasta las diez y no tuve el valor de hacer lo mismo”. Sintió entonces, una sensación de recriminación.

Cuando entró al restaurante quedó inmóvil, petrificado, completamente ruborizado.

No fue el miedo por lo indescifrable de lo que estaba sucediendo, pero, el impacto fue tan enorme e inesperado, que no pudo mantener el control. El familiar, el mismo tío que Elizabeth le presentó en la fiesta del sueño, estaba sentado junto a ella. El shock fue tan abrupto, que un repentino temblor y un copioso sudor, se le asomaron juntos al cuerpo. Hubo que llamar al médico del hotel, mientras él insistía que no era nada, que todo estaba bien.

Cuando el médico se retiró, sin encontrar nada anormal. Eduardo todavía no podía comprender la coincidencia. Después que recuperó la calma, se excusó con Elizabeth; pero estuvo a punto de desmayarse nuevamente, cuando ella le presentó al señor que la acompañaba.

—Eduardo, él es mi tío.

—Mucho gusto, señor, mi nombre es Eduardo Roca.

—Encantado, —dijo el tío, con un acento exótico —a mí me llaman John. John Einstein.

Eduardo no pudo cenar, a pesar del hambre. Incluso, tuvo que marcharse a su habitación, antes de lo previsto.

Don Pancho, que conocía al gerente desde que hacía pinitos, como vendedor de la Chemical Clemens, CxA., subió con él como todo un buen anfitrión; sobre todo, para darle crédito a Galicia, en eso de que, “con nuestros clientes somos más amigos que comerciantes”.

Cuando llegaron a la habitación, el Gallego llamó de nuevo al doctor. Este no se hizo esperar. Además de eficiente, también era conocido del gerente.

Lo examinó, sólo le determinó la presión arterial un poco baja. Don Pancho consultó al doctor Patricio, y de su reserva española, le ofreció un trago doble de un exquisito brandy. Eduardo, con un poco de desaliento se lo tomó.

La mujer, interesada por la salud del amigo, envió al sargento para que le hiciera saber el resultado del veredicto del facultativo.

—Dígale que él está muy alentado, pero que lo

excusen porque no irá a cenar; se siente un poco extenuado.

El mensaje había sido dado por el mismo propietario del hotel, que le hacía compañía al gerente.

Como Eduardo no había almorzado, sintiéndose ya recuperado, ordenó que le llevaran la cena a la habitación.

Eso hizo que el viejo Pancho decidiera permanecer con su cliente en la habitación. Mientras esperaba por la cena, le confió al español la razón de su conducta. Le refirió con detalles, lo del tío de Elizabeth, sobre todo, la coincidencia del nombre. Todo, tal y como se le había presentado en el sueño. El Gallego señaló que eso era extraño; pero que sucedía de vez en cuando, para darle ánimo le recordó lo que anotaba un compatriota suyo: “los sueños, sueños son”... El gerente se repuso con la terapia del viejo, y degustó ansiosamente la cena que le seleccionó personalmente el comerciante hotelero.

Pasada la cena, sonó el teléfono. Por cortesía y confianza, lo tomó Don Pancho.

—Buenas noches. ¿Quién lo llama? ¡Ah, un momentito! Tapó con la mano derecha el auricular y le susurró a Eduardo:

—Es Elizabeth.

Eduardo, con una inmensa alegría y una rapidez asombrosa, tomó el teléfono.

—¡Elizabeth!, Le pido mil disculpas por los inconvenientes de esta noche, no fue mi intención.

—No Eduardo, no tienes que disculparte. Eso es normal. Sólo te llamo para decirte que mañana es nues-

tro último día por acá, en esta primera investigación. Creo que no nos veremos más, porque mañana, tenemos un arduo trabajo, tanto en el campo como posteriormente en la ciudad terminando la evaluación.

Eduardo se puso muy triste. Entonces, con voz acongojada le preguntó:

—¿Pero se van mañana de la ciudad?

—No, nos vamos realmente el sábado, pero no podemos comprometernos, porque no sabemos a ciencia cierta a qué hora estaremos de regreso. Te dejaré en la recepción mis coordenadas en la capital. Quise llamarte, además, para saber de tu salud, y para que sepas, que aprecio tu amistad.

—Gracias. Que tengas buenas noches. —se despidió Eduardo, en presencia del Gallego.

—Amigo Roca, —dijo entonces cuando Eduardo colocó el auricular sobre el aparato, yo con una amiga así, no quiero pretendientes.

—¿Don Pancho, usted considera que puede haber algún interés?

—Mire amigo, nadie se interesa tanto por otro de una manera gratuita.

El gerente quedó pasmado con la plática del español. Él mismo nunca había pensado en tal posibilidad. Y ahora, el viejo Pancho se lo insinuaba utilizando un razonamiento o deducción “lógica”.

No quiso hacerse muchas ilusiones, porque siempre pensaba en el status de la joven. De inmediato parangoneaba dicho nivel con el suyo, un simple empleado en calidad de dependencia.

El viernes, pese a todo, fue un día feliz para Eduardo. Se levantó a las cinco de la mañana. No se sentía absolutamente nada. Hizo media hora de ejercicios. Se vistió y se dispuso a visitar por última vez en este viaje, a sus clientes. Al bajar, el recepcionista le indicó que tenía una encomienda para él, que le había dejado Elizabeth. Era un hermoso y delicado sobre, con el nombre impreso en letras floridas. Este lo abrió de inmediato. Dentro, una tarjeta personal, con la indicación del nombre, teléfono y dirección de su residencia, también la del hotel en que se hospedaba en la capital. Detrás, en un papel adicional, una nota aclaratoria, donde le solicitaba, que si visitaba su país y no se encontraban, que buscara la forma de procurar a nombre de ella a su padre, su nombre era Robert J. Einstein.

Eduardo se marchó, pensando en las reflexiones del viejo Pancho. A hora estaba casi seguro que el español tenía razón. Si él no lo había confirmado, la culpa no era más que de la maldita emoción que lo había traicionado.

Trabajó hasta las cuatro de la tarde. Llegó al hotel, recogió su equipaje, se despidió y se retiró hacia la capital.

Entró a la ciudad justamente a las seis de la tarde. Se fue de inmediato a su casa. Allí, fue recibido como siempre: mucho afecto por parte de los muchachos, sin embargo, María, la esposa, se notaba un poco apática, o tal vez retraída. Advirtió la frialdad inmediatamente. Intentó salvar la situación con un bonito obsequio que le había comprado en el Somaná, pero ella apenas lo tomó. Eduardo le dijo que estuvo enfermo, y que gracias a la intervención de Don Pancho y la asistencia de un médico

amigo, pudo restablecerse, pero jamás le dijo la verdadera razón.

María, después de la explicación, cambió de actitud. Esa noche el gerente la invitó a cenar junto con los muchachos. Todo volvió a la normalidad, sin embargo, María creía percibir una alteración en la conducta de su esposo. Lo conocía por espacio de más de quince años.

El miércoles que Eduardo tuvo la revelación, su esposa, coincidentalmente concibió otra. No quería pecar de necia. Por eso, no le había contado a nadie lo de su sueño; no obstante, tenía mucha confianza en su marido. Dejó transcurrir el resto del viernes, que lo disfrutaron juntos. Llegado el sábado, le dijo al esposo, que deseaba hacerle una revelación.

Y en seguida empezó a contarle.

—No lo tomes a mal. No creas que estoy celosa —le dijo.

Le contó, que en el sueño lo vio en los brazos de una mujer, muy elegante y mucho más joven que ella, poseedora de una belleza tan extraordinaria, que lo tenía cautivado. Eduardo, que ya era reincidente en mareos, no sólo lo sufrió, sino, que al caer, se dio un fuerte golpe en la cabeza. En medio del susto, ella, con ayuda de los pequeños, tuvieron que llevarlo a una clínica. Allí, hubo que internarlo hasta el día siguiente, domingo al medio día.

Sólo cuando volvieron a la casa, fue que María comprendió lo que su esposo le dijo, de la enfermedad que sufrió en el hotel Brisa de la Bahía. Entonces se convenció, que no era una historia lo que su esposo le había explicado.

Habló con Eduardo como amiga y esposa. Le hizo saber, que la causa de eso debía ser exceso de trabajo, o que por lo menos, una fuerte carga de presión estaba gravitando sobre él, produciéndole lo que ahora llaman stress. Le recomendó encarecidamente que pidiera una licencia o tomara unas vacaciones aunque fueran cortas. Así le daría tiempo de hacerse un examen minucioso y determinar, la causa de esos vértigos, originadores de la pérdida momentánea de la conciencia.

Eduardo le contestó, que a pesar de todo se sentía fuerte, y no le molestaba nada en su cuerpo.

El domingo, cerca de las seis de la tarde, hablando con su esposa, con mucha sutileza le comentó que deseaba dar una vuelta y disipar un poco. Que prefería caminar, pero que deseaba hacerlo a solas. No quiso movilizar el vehículo para que María no sospechara; sin embargo, lo que realmente deseaba era ir al hotel donde se hospedaba la americana.

Caminó dos o tres cuadras. Pidió un taxi y justo en ese momento, al montarse en el vehículo, cruzaba por ahí su compadre Ernesto González.

—¡Oh, compadre! ¿Y qué hace usted caminando a pies por aquí?

—No, nada. Sólo quería salirme de la monotonía y hacer un poco de ejercicio caminando.

Dejó el taxi, previo pago, y le solicitó al compadre que lo dejara cerca del lugar hacia donde se dirigía. Su compadre, encantado de la vida lo llevó hasta el sitio señalado. Despistó a González quedándose en un lugar impreciso, aparentemente.

Cuando llegó al hotel, fue directamente al centro de informaciones e inquirió por el número de habitación y el teléfono de la señorita Elizabeth Einstein. La joven de la recepción manipuló el teclado de una computadora, donde apareció el nombre de la joven, pero con una nota.

—Señor, esa huésped abandonó el hotel hoy a las cuatro de la mañana. Es usted el señor Eduardo Roca? —le preguntó la recepcionista.

—Para servirle, —contestó el señor Roca.

—Hay algo para usted. Siéntese y aguarde un momento —volvió a decirle la secretaria.

Buscó en una caja de seguridad y extrajo un hermoso regalo. Encima, un sobre contentivo de una nota.

Eduardo tomó el paquete y se fue al lobby. Allí, se sentó de piernas cruzadas, y leyó la comunicación:

Excúsame por la partida. Pero recibí una llamada urgente de mi padre que requería mi presencia. Lamento no poder volverte a ver. Si algún día vas a los Estados Unidos, no dejes de visitarme. Recuerda que si no estoy, puedes procurar a mi padre y decirle que nos conocimos por acá. Afectos, E.E.

Abrió el regalo. Era un estuche de ébano, con un olor inconfundible a madera. Dentro, una joya, un verdadero Potosí; un extraordinario reloj en oro con diamantes en los bordes de la tapa, para llevarse en cartera en caso de damas, o en bolsillo en caso de hombres.

—Si se fuera a cotizar, su valor sería incalculable, pensó Eduardo.

Agradable, que sorprendente resultó cuando lo abrió. Sonó tenue, pero armónico, el nombre de Elizabeth. Era

un tin tin tin celestial. Y en medio del sonido, el nombre repetido de Elizabeth.

Sabía que esa joven era rica —pensó— pero jamás, me pude imaginar que fuera tan desprendida.

Para no crear sospechas a su esposa, volvió a la recepción. Una vez ahí, pagó algún dinero para que le guardaran el obsequio hasta el día siguiente.

Terminado el fin de semana, asistió como de costumbre a su oficina en la Chemical Clemens, CxA. a las ocho de la mañana. Pensaba organizarla y ponerse al día, puesto que había estado una semana ausente.

No bien se había sentado, cuando recibió una llamada del administrador. Al acudir, éste le informó, que desde hacía algún tiempo, la compañía venía confrontando algunos problemas en el Norte, la región natal de Eduardo. Le pidió que la supervisara por espacio de una semana. Al mismo tiempo lo estimuló, y le hizo saber que la compañía tenía muchas esperanzas en él. Tanta, que estaban contemplando enviarlo a una feria que se iba a celebrar en los Estados Unidos, entre las corporaciones más importantes del mundo, en el área de fármacos y cosméticos.

Éste, agradeció al administrador el hecho de que lo tomaran en consideración, y le manifestó que estaba en la mejor disposición de acatar cualquier orden, sobre todo si era para el engrandecimiento de la empresa.

Preparó su equipaje y se fue hacia el Norte el mismo lunes; después del medio día.

Su propósito era quedarse en La Vega, su pueblo natal, durante el resto del día. Así, podría hablar con su única confidente, su madre, la señora Arcadia.

Antes de partir, Eduardo pasó por el hotel y retiró el regalo que había dejado guardado el día anterior.

Al llegar, doña Arcadia se sorprendió porque Eduardo después que casó nunca la había visitado sin su familia.

No pudo contenerse. Más por curiosidad de mujer que de madre, le pregunto:

—¿Y se puede saber porqué andas solo?

Eduardo le explicó que apenas hacía dos días llegó del Este, y que le encomendaron supervisar esa zona, porque la empresa entendía que era muy buena, pero que no estaba bien administrada ni rindiendo los beneficios esperados. Además, le indicaba que se sentía un poco estragado, y quería, por lo menos pasar un día sólo en el sitio que lo vio nacer.

—Eduardo, cuando los hombres buscan la soledad, o están cansándose de la mujer o tienen algo entre manos.

—Mamá, ni una cosa ni la otra es mentira, pero tampoco es verdad.

—No entiendo ese lenguaje. Mira a ver si te explicas mejor, —indicó la señora.

Le hizo saber lo mucho que quería su familia, y el tiempo que María y él tenían juntos. Argumentó, que por nada del mundo estaba dispuesto a marchitar su hogar, pero que deseaba contarle algo. Le rogó que lo escuchara con mucha atención y que después, podía hacerle cualquier sugerencia.

Eduardo le relató, que precisamente ese día hacía una semana y un día, que iba para El Somana a trabajar

y a hacer un sondeo personal de su clientela, cuando de camino, una joven, con una belleza incomparable, lo detuvo y le solicitó que la transportara.

—¿Pero, una mujer de noche?

—Mamá excúsame, te solicité antes de empezar que me escucharas, para que después, emitieras cualquier opinión. Como te decía, esa mujer no sólo es bella, sino que posee unos modales que minimizan a cualquier ser humano. El primer día, o sea la noche del domingo antepasado, estuve tan impresionado que no pude hablar en el trayecto; pero después que fui rozándome con ella perdí un poco de temor; no obstante, reconozco que han sucedido cosas realmente extrañas. Tan extrañas, que me he desmayado en algunas ocasiones. Por ejemplo, el otro día, hice un sueño. Para ser más específico, el miércoles. Y el mismo día, María tuvo otro, en el cual me relacionaba con esa mujer, y me la describió perfectamente sin haberla visto nunca. En el mío, la situación fue sobrecogedora, porque en él conocí un tío de ella, que después, en un viaje que hizo desde la capital, regresó con él al hotel y era el mismo hombre, que vi en la revelación.

—Ese día, si no hubiera sido por la intervención del propietario del negocio, creo que me hubiera muerto. Asimismo sucedió cuando María contó el suyo. Me desmayé y duré veinticuatro horas internado, por causa de un fuerte golpe que recibí en la nuca.

—Eduardo, aunque no hayas terminado deseo hacerte una pregunta. ¿Cuántas veces viste a esa mujer, o a uno de sus acompañantes, a la luz del día?

—¡Ehh... Bueno... Oh!..., Mamá, tienes razón, nunca la vi de día, —repuso el hijo.

—Ahora quiero pedirte un consejo, un consejo como madre y confidente, replicó Eduardo.

—¿Crees que esa joven sienta algo por mí?

Doña Arcadia le hizo saber, que todavía no veía razón para crearse un juicio en ese sentido.

Por otra parte, Eduardo le afirmó que no era cierto ni mentira, lo que ella le había dicho. Porque, aunque no había tenido ningún contacto personal con ella, creía lo mismo que su amigo el Gallego, que sentía alguna inclinación por él.

Cuando sufrí los trastornos, estuvo siempre atenta en mi salud, e incluso, envió a uno de sus guardaespaldas para que se cerciorara personalmente y no estando satisfecha llamó en persona.

Por otro lado, antes de irse, me dejó esta tarjeta, —observas, con su dirección en la capital, y el hotel donde se iba a hospedar, también su ubicación en los Estados Unidos, con una nota muy explícita, de que si no se encuentra cuando la visite en Norteamérica, que me comunique con su papá.

—Bueno hijo, ahí la cosa toma otro color.

—Pero Mamá, si te enseñó esto te caerás para atrás.

—Déjame ver.

Eduardo le enseñó el reloj que la joven le había dejado, como una fina atención y excusa delicada, por haber tenido que salir del país en forma repentina. Ese reloj lo coticé antes de salir, en la joyería más grande de

la capital. Lo valoraron en treinta y cinco mil dólares, ya sabrás que cuesta mucho más.

—¿Qué opinas ahora, mamá?

—Bueno, yo como madre que deseo lo mejor para un hijo, te sugiero que no trates de profundizar eso por más tiempo, porque lo desconocido siempre trae sorpresas.

—Pero mamá, es que todavía no hemos cruzado ninguna palabra de compromiso o de amor.

—Recuerdas hijo, que a veces hay romances mudos, en los cuales, sólo intervienen los sentimientos.

La madre siguió razonándole a su hijo, las causas y motivos, que ella entendía. Le argumentaba en torno al porqué no le convenía una relación con esa mujer. Le reafirmaba su argumento, planteándole que si eso se materializaba, tarde o temprano, María lo iba a saber y provocaría una ruptura inevitable de su hogar.

Eduardo agradeció la orientación de su madre. Pero la fijó en una parte pequeña de su cerebro, porque seguía pensando cada día más en esa extraña señorita.

Al día siguiente, se despidió de su madre y se fue a realizar su trabajo por toda el área. En esa tarea estuvo hasta el viernes.

Como cosa insólita y difícil de explicar, el miércoles, desde que se acostó, hasta que despertó a las tres de la mañana, la vieja Arcadia tuvo una larga y apesadumbrada revelación con la mujer descrita por su hijo; pero, lo más extraño fue, que la vio de brazo de su adorado difunto esposo, el señor Eduardo Roca Asunción.

Según su relato, la extraña mujer llegó a la casa con

el viejo Roca Asunción, con mucha alegría. La reacción del viejo no era menor. En esto estuvieron durante un extenso rato, unas seis horas. Luego se despidieron. En ese momento ella despertó. Le dio un poco de miedo, porque tenía la ilusión de que su sueño era una realidad.

Meditó, y quiso borrar la imagen del sueño, pero fue tan auténtico, que sólo el tiempo lo haría desaparecer.

Una de las cosas que más le impresionó, fue que el viejo, su difunto esposo, andaba con una camisa, igual a una que ella le había regalado, para su último cumpleaños. Era un regalo, que ella le había hecho con mucho entusiasmo y dos días antes del infarto fulminante que le segó la vida.

Eran las cuatro de la tarde, cuando Eduardo cruzó de regreso. La madre le tenía algunos envueltos para los nietos, y un pan de batata que rebozaba completamente la circunferencia del caldero. Con el pan de batata, ella colmaba el gusto de su nuera María. Al pensar en María, le llegó a la mente la imagen de Elizabeth.

—Eduardo, no lo vas creer, pero el miércoles, tuve una revelación o un sueño que hasta miedo me provocó.

Por insinuación de su esposa, Eduardo en una ocasión asistió a unos cursos de meditación transcendental, donde le hicieron una introducción bien amplia, antes de entrar en materia. Ahí, les enseñaban con ejemplos, algunos de los enigmas del hombre, con referencia directa acerca de lo poco que los humanos se conocen, y de las grandes fuerzas que nuestras mentes, son capaces de atraer y proyectar. Pensando en ello, le dijo a su madre:

—Mamá, hay personas que poseen muchas radiaciones, y son capaces de influir en otras, aunque no las conozcan. Sólo basta la referencia.

—Sí Eduardo; pero primero, a ella no la conozco y, además, en el sueño, se apareció con tu difunto papá.

Al decir eso, por poco Eduardo se vuelve a caer del miedo, pero como ya tenía experiencia en esas lides, pudo sortear la situación.

Una vez salido de su asombro, le indicó a su madre que deseaba retirarse temprano, porque ya pasaban las cuatro de la tarde y la distancia era de casi doscientos kilómetros. Además, la pista estaba en reconstrucción, y por ese motivo el trayecto se hacía mucho más largo. Antes de irse, la vieja le dijo:

—Hijo, todo lo que brilla no es oro. Cuídate.

—Gracias mamá, te llamaré —repuso el hijo.

A diferencia de la semana pasada, en esta ocasión todo fue amor cuando Eduardo llegó a su casa. Por lo regular, cada vez que llegaba de viaje, el empleado de la Chemical Clemens, CxA. se iba a cenar fuera. Iban al mismo lugar, el restaurante del viejo Paco, un primo de su amigo Pancho; pero en esta oportunidad, María se esmeró y le preparó el plato de su predilección: chivo guisado.

El sábado, Eduardo se entrevistó con el administrador, y le hizo un análisis bien detallado de las cosas, que él creía debían ponerse en práctica en la región Norte, para que funcionara realmente como una zona atractiva y remunerativa. Asimismo, sostuvo que posteriormente le haría un resumen por escrito, para que quedara cons-

tancia, y sirviera de base al futuro representante de la zona. Todavía no había llegado a su despacho, cuándo Miriam su secretaria, le informó, que una joven con acento exótico, lo había llamado todos los días que él estuvo ausente. Nunca sin embargo, quiso dejar mensaje.

Eduardo se devolvió a la oficina del administrador, y le preguntó, que para cuando consideraba que sería la fecha de la inauguración de la feria en los Estados Unidos.

—¡Ah sí, se me había olvidado! Está programada para los primeros días, después del veinte. Posiblemente sea el veintidós. Falta justamente una semana.

El tiempo le parecía detenido a Eduardo. Fue la semana más larga que vivió en su vida. La intranquilidad era visible. Su esposa le preguntó, en reiteradas ocasiones, el porqué de esos nervios, si estaba acostumbrado a montar en aviones; pero Eduardo mentía, argumentando, que todo se debía a que tenía que hacer uso de la palabra en inglés y no deseaba hacer el ridículo.

Salió del país justamente el jueves 21 de ese mes. Al otro día, a las 9 de la mañana, comenzaba el evento internacional.

La programación apretada para Eduardo, estaba fijada para el viernes 22 y el sábado 23. La clausura era el domingo 24 a las 12 del medio día. Esta sería efectuada en Tampa, a una distancia bastante considerable de New York, donde residía Elizabeth. Por esa razón, Eduardo solicitó una semana de vacaciones a partir del lunes 25.

El mismo domingo, en horas de la tarde, se trasla-

dó de Tampa a New York. Al llegar se hospedó en un hotel del centro de la ciudad. Estaba bastante cansado.

Tomó un relajante y durmió corrido hasta las 7:15 de la mañana. Se organizó; luego llamó un taxi, y fue directamente al hotel donde tenía Elizabeth su oficina, contigua a la de su padre.

Esta oficina permanecía intacta. El viejo Robert J. Einstein, era muy crédulo, cosa que heredó de su difunta madre.

Al llegar, Eduardo preguntó por la oficina de la señorita Elizabeth. La secretaria se la indicó, pero éste, notó algo raro. El escritorio de la secretaria de la señorita Elizabeth, se encontraba completamente vacío y limpio. Pensó que la secretaria que le informó, hacía las veces de asistente, puesto que su amiga, la hija del dueño, se movía mucho por diferentes partes del mundo. Al no encontrar nada, volvió donde la secretaria del padre de su amiga, y en un inglés muy trasnochado, le preguntó por la joven. Esta, no lo entendió bien, pero él comprendió, cuando le indicó que se sentara.

Dedujo por la forma en que Eduardo estaba vestido, que no era un demente. Tampoco un vago molesto. Se levantó y entró al despacho del viejo Robert. Le comunicó que parecía haber un error, pero que había un caballero muy bien vestido, buscando a la señorita Elizabeth. Lo mandaron a entrar de inmediato. Detrás del asiento del señor Einstein, había una fotografía doce por doce, que destilaba el amor entre el padre y la hija.

—Buenos días, señor Einstein.

—Buenos días Míster.

El padre de la amiga de Eduardo no hablaba bien el español, por tal motivo, utilizó a uno de sus hombres de seguridad para que sirviera de intérprete. El hombre era de origen puertorriqueño.

Eduardo le explicó al intermediario, que vino a visitar a la hija del administrador. Cuando el intérprete le dijo al señor Robert en qué andaba el señor Eduardo, éste, a pesar de su inglés trasnochado, entendió la respuesta que el viejo dio en inglés: loco. Lo que no pudo entender, fue la frase completa. Eso que traducido en ese idioma significa: maldito de mente, sáquelo de mi presencia.

El puertorriqueño le explicó a Eduardo, que el señor Robert estaba muy ocupado, y que no podía dedicarle más tiempo, que lo excusara, y que por favor se retirara.

El de seguridad, con mucha sutileza le dijo al gerente de la Chemical, que tal vez no era el mejor día para entrevistarse con el viejo, que lo intentara en otra oportunidad. Como latino, le habló con mucha cordialidad.

Eduardo, como todo un vendedor, no se amilanó. Fue a la recepción, se sentó, y esperó a ver si el intérprete volvía a salir, para poder darle una explicación, puesto que no lo dejaron hablar.

El tiempo transcurrió, y las horas se acercaron al meridiano. En ese momento, Eduardo recibió un aviso de su estómago, para que le echara algo, por aquello, de que saco vacío no se sostiene parado.

Cuando extrajo el reloj que le había regalado la joven para ver la hora, la música, era conocida por todos los empleados de la oficina, puesto que fue un regalo que le hizo el viejo Robert a su hija hacía dos años y algunos meses, justamente cuando ella cumplió los veinte y seis años.

La secretaria, con disimulo, se levantó de su asiento, fue donde su jefe y le dijo, que ese señor andaba con el reloj que él le había regalado a su hija cuando cumplió los veintiseis años. Pasaron apenas diez minutos, cuando ya Eduardo iba con las manos esposadas, delante de dos federales. Lo detuvieron. Éste, tuvo que llamar, al administrador de su compañía (que por suerte dejaban hacer llamadas), para que a la vez, se comunicara con el presidente de la firma, e interviniera directamente en el espinoso asunto.

El padre de Elizabeth, siempre pensó, que en el accidente en que ella murió, junto a un sargento y dos civiles que hacían de seguridad particular, habían actuado manos criminales, con el propósito de robarle las joyas, por el alto valor que representaban. Tan solo ese reloj le había costado nada más y nada menos, que cincuenta mil dólares americanos.

Poseía una copia del informe del departamento de homicidios de la policía, donde el expediente nunca se cerró.

Eduardo fue visitado por el presidente de la compañía en los Estados Unidos y por el propio papá de Elizabeth, ya que estos dos eran amigos de muchos años.

El gerente le explicó cómo conoció a Elizabeth. Y para comprobarlo, llamó al viejo Pancho, quien dio testimonio de las relaciones amistosas de estos dos, y de las veces que compartieron en su hotel. Asimismo, llamó al hotel, donde ésta se hospedó en la capital, y donde dejó el obsequio, es decir, el mismo reloj que le había regalado su papá para su cumpleaños. Todo el mundo dio fe, y corroboraron con lo que decía Eduardo.

Les refirió también, acerca del señor John Einstein, el cual ella le presentó. El señor Robert le dijo, que éste era un Hermano suyo que había muerto de cáncer, que era muy conocido porque siempre movía el labio superior, fruto de una operación que le habían practicado de niño, por haber nacido con el labio leporino.

Eduardo logró su libertad, pero no sin antes decir:

—Carajo, mamá tenía razón; ella es vieja; pero no pendeja, porque realmente todo lo que brilla no es oro.

29-12-97

El poeta que quiso inspirarse y apenas pudo llorar

Dos lágrimas brotaron de sus anquilosadas pupilas, posiblemente la única humedad que había rondado en la comarca en los últimos tiempos, y posiblemente lo único de poético que experimentó el poeta en la vuelta de su venida.

Enamorado de la naturaleza, fue un hombre ciertamente enamorado del conjunto de las obras de la creación por oposición a las efectuadas por el hombre; tanto así que prefería dormir a la intemperie y no arropado por la mezcla de tierra y sus derivados convertidos en cemento, ni mucho menos rodeado de madera, porque consideraba que cada elemento de la naturaleza debía permanecer intacto donde Dios lo colocó y no maltratado por capricho de holgazanes devoradores.

Rayaban las doce del 24 de abril cuando arribó. Llegó en búsqueda de inspiración, porque de niño recordaba como las mariposas en tiempo de primavera se esparcían en las sabanas floridas con sus arco iris de colores. Recordaba a los picaflores, que suspendidos

en el aire, hacían maravillas con el equilibrio de sus alas yendo y viniendo en forma zigzagueante, indecisos tal vez, por la abundancia de flores.

El paisaje lastimaba las fibras de la emoción, para luego transformar al mas tosco y áspero de los humanos en un ser sensitivo, capaz de inspirarse y llorar; pero llorar de la emoción.

Después de inspeccionar sucinta y rápidamente el lugar, creyó haberse extraviado, porque de cincuenta o sesenta que memoraba, sólo quedaba una. Sin vacilación ni opción se dirigió a la única vivienda, que como un paradigma al albergue de los seres civilizados permanecía allí, envuelta de tristezas y soledad, confiándole al silencio y al tiempo su deseo vehemente de extinguirse también; pero resistía, porque dentro de ella se guarecía el hijo mayor de su constructor, que ese 24 de abril hacía 66 años que había visto la luz por primera vez.

A diferencia de la vieja casa, La Hostia estaba acompañado, tenía una botella de ron y una funda de tabaco.

—Buenos días señor, saludó Máximo.

La Hostia se dio un espanto que poco faltó para que se cayera; pero con la humildad y las atenciones solícitas de los campesinos, no sólo respondió el saludo, sino que ofreció de sus mercancías al recién llegado.

—Excúseme, repuso La Hostia, lo que sucede es que estoy tan poco acostumbrado a que me saluden aquí, que cuando ocurre me asusto.

Máximo agradeció la oferta y acto seguido quiso saber si estaba perdido o confundido de lugar.

—Señor, mi nombre es Máximo Hizquierdo.

De inmediato, el solitario campesino también se presentó, lo hizo con una réspice:

—Yo soy de las pocas cosas que quedan por aquí, todavía me llaman La Hostia.

El señor Hizquierdo le lizo saber que andaba buscando un paraje llamado El Mamey, un lugar que él visitó cuando era niño y que desde entonces había quedado hechizado por la belleza de su naturaleza.

Le contó que a través del tiempo se había dedicado a escribir poesías, básicamente relacionadas con la naturaleza; pero que estaba casi seguro que en la bifurcación del camino principal tomó el lado equivocado.

—Usted tomó el lado correcto; pero todo lo que había se acabó, apenas quedo yo, y esto porque el ron no mata, contestó La Hostia.

Entonces usted me quiere afirmar que esta desolación es el lugar que yo visité hace más de 35 años.

—Y esto que ahora, está más bonito porque yo he sembrado dos o tres árboles, repuso con angustia el campesino.

La Hostia no pudo contener las lágrimas cuando le relató a su infortunado amigo, como fueron sus días de infancia, contrario a los adversos y adyectos de la actualidad.

En su relato le contó al amigo poeta que tenía más de quince días que no se bañaba y que él y una puerca que hizo entrada a la casa en medio de la conversación se habían hecho tan identificados, que se alimentaban de lo mismo, palmas y cocos secos.

En la medida que La Hostia hablaba, el poeta no pudo contener las lágrimas y dos gotas se desprendieron de sus ojos, como símbolo de la búsqueda de su inspiración.

Entre sollozos, La Hostia le confortó diciéndole:

—Yo tengo el hoyo de mi enterramiento hecho, es bastante grande, cabemos los dos. El buscador de inspiración se esfumó, con la convicción de que ya en los campos no se puede buscar la fuente de la inspiración; porque en vez de motivarse, la depredación hace que uno salga llorando.

29-12-97

El deseo de morir en su tierra

—*M*i tierra me espera para tragarme.

—Es lo único que desearía después de esta larga vida.

Así hablaba el joven que para 1901 cruzaba por la ciudad capital, siendo la única y última vez que lo haría. Para ese entonces contaba con unos 16 años aproximadamente.

Después de su largo y tedioso recorrido sin rumbo y sin destino aparente llegó y se ubicó. Justamente lo hizo entre el Cruce de Pavón y la Higuera, localidades éstas que pertenecen al Seybo, una provincia del Este de la República Dominicana, esta provincia estuvo en sus orígenes cubierta por enormes montañas y regada por fluidos manantiales, emergidos en forma fortuita por antojo y orgullo de la naturaleza, como testimonio de la abundancia del fruto de sus entrañas.

Hoy del lugar donde Tipié fue lanzado, sólo quedan los cuentos y las consejas porque se transmiten de generaciones en generaciones.

El paraje todavía se llama La Palma, y fue albergado por la familia Martínez-Rosa, después de éste haber caminado a horcajadas y con sus piernas estevadas por el intenso peregrinar, encontró este lugar, no con mucha comodidad pero para él en ese momento era más que un paraíso. En este lugar vio crecer a todos lo descendientes, a tal punto que en forma espontánea hacía de colaborador en los cuidados de uno de los nietos de la familia Martínez-Rosa; que más tarde la historia del devenir los entrelazaría como si hubieran sido padre e hijo.

Él recordaba que su captura fue excesivamente abrupta y al no poder definir el concepto de otra manera, sólo señalaba en su lenguaje todavía con acento muy exótico, a pesar del tiempo de residir en el país.

—Nos agarraron y nos echaron en una camiona, como puercos. y...., en ese momento empezaba a llorar; no podía contener su orgullo de hombre cuando se refería al suceso, lágrima tras lágrima inundaban no sólo al desafortunado extranjero, sino a todo el que estaba a su lado.

Podía realizar la proeza de cortar tres o cuatro toneladas de caña al día, después, con vara en manos, tirar con una carreta dos o tres viajes de caña a varios kilómetros de distancia; para que la máquina a través de los rieles la hiciera llegar al ingenio.

Tipié era su apodo, aunque su nombre oficial correspondía a Joseph Pie, no podía esconder las grietas crecientes y profundas que ocasionaban su angustia. Experimentaba la misma nostalgia cada vez que recordaba su patria.

A veces, se le escuchaba decir en sus soliloquios sonámbulos:

—Jamás supe de papá y mamá, ni de mis tres hermanos.

Como una forma de consolarse, en ocasiones expresaba:

—Bonyé me ha dado larga vida, para que mis sufrimientos también sean largos.

En su lloriqueo desconcertado él mismo se inculpaba de su situación:

—Si no hubiera estado en el medio como me aconsejaban mis padres, no me hubieran agarrado esa noche. Sólo yo soy el culpable.

Casi a diario Tipié señalaba mecánicamente el lugar donde suponía que quedaba su país; pero en vez de indicar el Oeste, el lugar de la correcta ubicación, lo hacía señalando al Norte, realmente no tenía un concepto claro de su posición.

El tiempo, incontenible cargado de incógnitas en el trayecto de su incalculable vericuelo, vino a proporcionar que el beneficiado en su niñez por las finas y caras atenciones del legendario extranjero, se trasladara a otros lares en búsqueda de mejores proyecciones.

Este joven que se ausentó buscando un nuevo horizonte, nunca olvidó las deferencias que le brindó el extranjero. Tuvo la oportunidad de estudiar y al cabo del tiempo, la propia historia se encargaba de invertir el proceso, Tipié por el flagelo de los años, se convirtió en el niño y éste en su benefactor.

La primera acción que hizo el niño ya hecho hombre, con unos centavos que ganó fue comprarle una cama y prepararle una habitación a su amigo y antiguo servidor; a partir de ahí, éste también disfrutaba de un crédito de donde podía satisfacer sus necesidades más perentorias.

No hubo un solo día que el niño hecho hombre fuera a visitarlo que el anciano de sus escasos recursos no le guardara un pequeño obsequio, un cuartillo de aguar-diente.

Lo tomaban regularmente bajo la luz de la oscuridad; pero siempre llegaba la misma pregunta.

—¿Tú crees que me podrás enterrar en mi tierra?

El niño hecho hombre, nunca le dijo que sí; pero le aseguraba que si no era en su tierra, por lo menos lo haría en la suya con mucho decoro y con todas las atenciones debidas; no obstante, como por las mismas truhanadas del tiempo, el hijo hecho hombre se enteró al mes de la muerte de Tipié. Este pidió permiso en su trabajo y fue directo a la tumba de su viejo amigo, le llevó una cruz y un velón blanco como un ultimo obsequio postrero.

Al revisar las pertenencias del difunto, debajo de su almohada se encontró un maltrecho papelito recortado de un periódico en forma asimétrica, que rezaba: si hubiera sido mi hijo de verdad, tal vez no te hubiera querido tanto, para mi niño hecho hombre. Tipié.

29-12-97

Hasta los animales lloran

Empezaba la mañana, cuando de repente el silencio fue cortado, no fue herido por un machete, ni por una bala traperera, fue mortalmente herido por el bramido de una añoja becerro.

El día anterior Cara Sucia fue amarrada en una ladera, a una distancia de un kilómetro aproximadamente de la casa de los dueños, donde abundaba precisamente la yerba de vaca. La humedad de la llovizna invernal era constante, no obstante nadie suponía que una sogá en una ladera pudiera ser tan traicionera.

Ese 27 de diciembre fue un día triste, uno de esos días en que el hombre es capaz de preguntarse si el humano es el único ser que piensa y tiene sentimientos.

Durante las mañanas la casa de Cantalicio era un centro de encuentros, en donde se planificaban varias actividades de corte laboral, casi siempre para ser ejecutadas en la misma finca de don Cantalicio o en las de sus hermanos; pero antes del despliegue de los trabajadores, llegó trotando y con enormes bramidos, con espuma en la boca y sucia por todas partes, como si se

hubiera revolcado en la tierra, en efecto, había sido así, su impotencia ante el trágico acontecimiento no le dejó otro remedio, quería morir enterrada; pero no pudo abrir el hoyo, sólo pudo revolcarse.

Huyó a la casa, se presentó en el patio y escarbó en la tierra; pero nadie le hacía caso, incluso la espartaban, ésta volvió al lugar del infortunio y regresó por varias ocasiones; pero todo seguía igual, aunque ya sin comentario había sospechas indescifradas.

Terry, un perro negro con un collar blanco de nacimiento en su cogote, experto natural en cazar guineas, fue el único que siguió al animal. Como todos conocían de la destreza de éste, cuando regresó el panorama se tornó diferente.

Como muestra de su astucia, Terry llevó en la boca un pedazo de sogá que se había roto al animal derribarse por el despeñadero resbaladizo, esto resultó una muestra contundente para que dos o tres de los presentes fueran al lugar donde doce horas antes se amarró a la difunta Cara Sucia.

Lucerito la hija de Cara Sucia dio muestra del sentimiento más extraordinario que humano alguno pueda contar; al haber satisfecho su ego y darse cuenta de que ya se habían enterado de la muerte de su madre, ésta como un acto de conmiseración, dobló sus dos rodillas delanteras y al hincarse quedó muerta sobre el frío y aventado cuerpo de su madre Cara Sucia.

29-12-97

Los hermanos Caramelo

—Comes.

—No, primero házlo tú, respondió el hermano mayor.

Su abuela, doña Cleota que los escuchaba intervi-
no, y con voz autoritaria y su carácter espartano les
rezongó, —pero ahora no se van a comer esos granos de
arrocés, miren haber si se pasan el día discutiendo.

El escaso mundo de los hermanos Caramelo no se
extendía más allá del que su corta vida les había permi-
tido vivir, las actividades que se desarrollaban en su
campo, Arroyo Grande y los modales caprichosos im-
puestos por su abuela materna.

Doña Cleota había perdido su esposo y parece
que su estado de viudez, al morir éste y al asumir por
completo las bridas del hogar en momentos tan difíci-
les, la fueron tornando cada vez más en un ser agreste
y en forma inconsciente en una gran exponente del ego-
tismo, por tal motivo, jamás podía comprender el amor
innato que la misma soledad había prohijado en los dos
hermanos huérfanos.

Juan Micuré y Antonio Pata Grande, impuestos desde que murieron sus padres a comer con la misma cuchara y en el mismo plato, sabían de ante mano que el que se echara el primer bocado, al final habría comido más que el otro, por lo menos en una cucharada; de ahí la supuesta discusión al momento de empezar a comer, puesto que Antonio Pata Grande tenía la creencia que por ser cuatro años mayor que su hermano Juan Micuré, éste debía comer una porción más que él, pero el menor pensaba lo mismo, lo único que al revés.

El tiempo incontenible en su trayecto, continuaba transcurriendo hasta que los hermanos Caramelo tuvieron la edad y la oportunidad de ir a la escuela. Su abuela a penas había firmado una sola vez en su vida y sucedió cuando casó con el difunto Coca, de dicha rubrica no salió más que tres crucecitas; pero ella, orgullosa de nacimiento y en su afán desmedido por de hacerse sentir, le puso un distintivo a su firma aunque no sabía escribir ni la primera letra del abecedario, las tres cruces las encerró en un círculo y al hacerlo, dejó como testigo al propio Juez Civil y todos los presentes, ya que por ahí todo el mundo firmaba con una, dos o tres cruces; pero que la única que lo hacía con tres cruces encerradas en un círculo era ella, y que si alguien trataba de imitarla lo sometería a la justicia.

Como ella no sabía de letra luchó en forma desmedida para que sus nietos aprendieran el pan de la enseñanza, porque tenía la firme convicción, según ella, que más tarde o más temprano el que no supiera de letra iba a comer yerba; por eso cuando Juan Micuré cumplió

los siete años y Antonio Pata Grande once los inscribió en la escuela del Paso. Fue personalmente donde la profesora Luz María, que como maestra y soltera no le quedaba corta en temperamento a la vieja Cleota.

—Doña profesora, le dijo. Escriba ahí. Le pasó un pedazo de papel que había llevado expresamente para que le anotara sus requisitos.

La educadora impuesta a mandar y no a recibir órdenes, le ripostó diciéndole que en esa escuela ella era la autoridad máxima y absoluta y que no recibía orden ni del presidente de la república. La vieja Cleota la escuchó con atención y cuando ésta terminó, le contestó, —usted es como medio malcriada, y continuó refunfuñándole, yo no creo que esté en capacidad de dar clase, ahora bien si por no escribir lo que le iba a indicar y a un muchacho de eso le pasa algo, entonces usted se la va a ver conmigo de mujer a mujer.

No se sabe si por miedo o por deducción; pero la profesora tomó el papel y le sugirió a la abuela que le dictara. Antes de que la profesora empezara a escribir le señaló, —observe que ese papel tiene tres cruces al empezar, en la parte superior y las mismas están abajo en la parte inferior, al final. Eso quiere decir que todo lo que usted ponga ahí yo soy la responsable.

La educadora comprendió que esa vieja era terrible y que lo mejor sería tenerla de amiga, por eso con un tono más sosegado le solicitó que empezara su dictado.

—Primero, repuso Cleota, el día que me lleven una queja de uno de ellos, mejor que no hubiera nacido.

—Segundo, si reprueban el curso tendrán como castigo, comer una sola vez al día, a la hora de acostarse por ocho meses, el mismo tiempo que dura el curso.

—Tercero, y ésta es la última cosa. Si le faltan el respeto en alguna ocasión a la profesora, serán castigados con sentarlos sobre un hormiguero desnudos.

Antonio Pata Grande el hermano mayor, había sido atacado en su niñez por la fiebre mala, como consecuencia de ello se tenía la creencia de que era medio retardado; en cambio Juan Micuré desde que pisó en la escuela dio indicios de grandes facilidades para el aprendizaje, esto provocó que la vieja decidiera hablar con una prima que tenía en la ciudad para que el hermano menor se fuera a estudiar después de haber concluido el tercer grado, último curso que se impartía bajo la mentoría de la profesora Luz María.

La historia siguió abriéndose paso a través de su propio devenir; pero nuevos horizontes se avecinaban. La abuela convino para sí, que un tarado no debía estudiar, porque eso era perder el tiempo y dinero, por tal razón llamó a un lado al hermano mayor y en forma franca y sin tapujos le dijo, —usted sólo sirve para sembrar yuca, apréndalo todo al respecto y será un profesional de la siembra. Y usted, refiriéndose a Juan Micuré, le indicó, —vas para la ciudad; pero eso sí, tu mismo escribirá tu sentencia. Sacó de una cajita otro trozo de papel con las mismas características que el que le entregó a la profesora, y empezó a dictarle.

—Escribes, éste obedeció al instante. En cuanto viva con la prima de mi abuela, seré el primero en hacer lo

que se presente en el hogar, esto así, para ganarme la buena voluntad. Segundo, nunca llegaré después de las ocho de la noche por buena que esté la fiesta. Tercero, cuando empiece a trabajar el veinticinco por ciento del total del dinero devengado, será entregado a la prima de mi abuela, el veinticinco por ciento, también será para la abuela y con el cincuenta restante, me manejaré, de los cuales tendré la obligación de guardar la mitad, para cuando me toque ir a la universidad. Cuarto y último, continuó la abuela. Escribe lo último, pero eso sí ponle mucha atención y trata de cumplirlo. Cuando me gradúe y empiece a trabajar bien, me comprometo que ayudaré a mi hermano mayor y que cuando venga al campo trataré a todo el mundo con el mismo afecto y la misma humildad que exhibo hoy. —ahora esto lo firma usted, le señaló al nieto menor, porque yo ya lo firmé.

Doña Cleota le indicó que ella guardaría ese papel y que si él faltaba a uno de esos puntos, se vería de frente con ella, aunque fuera después de muerta.

La despedida de los hermanos Caramelo fue triste y desgarradora, tanto así, que Antonio Pata Grande decidió irse tres días antes a la loma del Cuey y esconderse, para no despedazarse por la agonía incipiente de la ruptura abrupta de quince años de estar al lado de su hermano; pero al lado también del único ser que le había dado algo de sabor a su vida, puesto que nunca se comieron una menta sin que el otro disfrutara de la mitad, aunque no estuvieran juntos.

Éste, hasta cierto punto fue discriminado por la abuela, porque a él no le escribió ninguna regla, sólo le reite-

raba de boca, –hazte profesional de la siembra, que tú sólo das para sembrar yuca.

Esta sentencia, tan reiterada por su abuela le penetró tanto al joven Antonio Pata Grande, que observando la depredación y el éxodo del hombre del campo a la ciudad, creó su propia filosofía, –“llegará el tiempo que el que no siembre yuca, no comerá yuca, si es que se encuentra donde sembrarla.

Mientras éste se aprendía de oídas los secretos de la siembra, el hermano menor conjugaba en la ciudad los conocimientos rústicos con los ofrecidos por los libros.

Sin vacilar un solo segundo Juan Micuré cumplió a cabalidad los requisitos dictados por su abuela, tanto así, que a la hora de irse a la universidad, había tenido cinco empleos y a todos ellos le sacó grandes beneficios.

Su primer trabajo fue de limpiabotas y el último, hasta que se fue a universidad de empleado público.

De su cincuenta por ciento, regularmente guardaba el ochenta por ciento, ahorros que le permitieron encaminarse lo suficiente, hasta avanzar en sus estudios universitarios y lograr conseguir otro empleo en la ciudad capital.

Al conseguir el empleo siguió ahorrando; pero ahora cambió la metodología, a la prima y la abuela ahora les enviaba sólo un diez por ciento, mientras que a su hermano también un diez, pero a éste únicamente le hacía llegar el cinco por ciento, el otro cinco lo reservaba para fines ulteriores. Al momento de graduarse Juan Micuré tenía una posición bien definida. Decide en unas

vacaciones pasarlas junto a sus seres queridos, porque aunque las circunstancias lo habían separados, en su corazón y en su pensamiento latían aquellos recuerdos imborrables de la infancia.

En la tranquilidad del descanso y la armonía brindada por la soledad del silencio, atributos otorgados por su campo en forma espontánea, decide casarse y tener una familia bien organizada. En ese momento alguien le habló y se encogió del espanto. Le habló la conciencia del subconsciente, y le dijo, —te estás haciendo egoísta, y le repuso, tu hermano tiene derecho también a la vida. Se detuvo y reflexionó para él, —¡caramba!, tiene razón. Si no soy yo quien más lo haría.

Antonio Pata Grande que para ese entonces rondaba los veintiocho años, se le conocían unos amoritos con la hija de Carmela, y Juan Micuré en cambio había formalizado relaciones con una compañera de estudios en la ciudad Capital.

Un sábado en la mañana, Juan Micuré llamó a la abuela y a su hermano mayor y les plantea su plan.

—Abuela..., se produjo una brevísima pausa antes de que éste continuara, a lo cual prosiguió, nosotros que Dios nos ha protegido y a cada cual, con la orientación tuya nos ha colocado en el lado que nos corresponde, creo que debemos una vez más ser solidarios y agradecidos, he decidido que mi hermano y yo debemos casarnos juntos, es decir hacer una sola recepción el 3 de octubre, día de tu cumpleaños.

—Pero tú te podrás casar, pero éste no puede ni con él mismo, apuntó doña Cleota.

—No abuela, mi hermano tiene ahorrado quinientos dieciocho pesos, fruto del cincuenta por ciento del diez que yo debía enviarle mensualmente. Con eso él compra sus trastos y le sobra para la compra de los primeros meses, además de ahora en adelante hasta que nos casemos, no le enviaré nada sino que se lo ahorraré todo.

Antonio Pata Grande que hasta ese momento sólo escuchaba al oír toda la exposición de su hermano menor, parece que se volvió a afectar por la zupia febril, y sólo atinó a decir, —entonces,... eso quiere decir que ya yo podré hacei?

Colérica, realmente furiosa la vieja Cleota mirando a Juan Micuré le dijo —ese es un loco zonzo, oye con el disparate que sale.

—Abuela, acotó Juan Micuré, excúsame; pero esa es una exclamación de alegría, además después que se case, él podrá hacer todo lo que le permite el matrimonio con su esposa.

—Si, contestó muy enfadada la abuela; que lo haga; pero que no lo diga.

Todo se organizó de acuerdo a lo preestablecido, hasta que llegó el sábado 31 de octubre. Fue un día inolvidable en Arroyo Grande, Juan Micuré llevó veinticinco invitados y el campo se desbordó a la casa de la señora Cleota, era el primer acontecimiento de esta naturaleza que sucedía en la comarca. Dos hermosos bizcochos, sendos en mesas separadas ahornaban, la vieja casa tinglada de tablas de palmas y un piso de tierra mezclada con cal. Daba la impresión de un cemento bien pulido.

Al concluir oficialmente la ceremonia, doña Cleota pidió la palabra. Como era de esperarse se produjo un silencio reverente, no sólo iba hablar una de las mujeres más respetadas de Arroyo Grande, sino la forjadora de los dos desposados. Criados y guiados por ella, a pesar de su escasa instrucción, por los senderos de la unión y el amor.

—Antes de que todo termine, apuntó doña Cleota abriendo simultáneamente un cofrecito personal. Extrajo otro de sus papelitos prerrubricados; pero éste a diferencia de los otros, a pesar de que tenía la firma de las tres crucecitas arriba y abajo, también tenía algunas palabras escritas en el medio.

—Con mucho esfuerzo, prosiguió la abuela, he organizado esta escritura lo único que me satisface y me llena de orgullo es que no tuve necesidad de leérsela. Con un gesto imperativo le solicitó al Juez Civil que la leyera. Este obtemperó a la solicitud y acto seguido empezó a leerla. —Yo Cleota de la Rosa, mujer bruta y viuda, le ruego a mi nieto aventajado Juan Micuré, que después que se encamine y resuelva su vida, ayude a su hermano, que de seguro tendrá menos oportunidades que él. Dicho documento estaba firmado con tres crucecitas encerradas en un círculo. Sin discusión, era la rubrica de doña Cleota.

Al terminar la lectura, ésta llamó a los hermanos y les entregó un plato con un poquito de arroz y una sola cuchara.

—Comes.

—No primero háglo tú, recuerdas, todavía soy el hermano mayor.

—Así lo crie yo, terminó diciendo con orgullo la vieja Cleota.

29-12-97

El comunista que le pidió perdón a Dios

Carlos Marx, Vladimir Ilich Ulianov (Lenín), Ho Chi-Minh, Mao TseTung y otra retahíla de idealistas con concepciones radicalmente opuestas al idealismo religioso, eran los líderes del Pugilista.

—El compañero Dios sólo existe en la mente de los enfermos creyentes, solía decir ufánicamente el Pugilista.

Aparentemente el Creador, quiso poner a prueba la verticalidad conceptual del Pugilista. Mientras el transcurso del tiempo se envolvía en la madeja indecifrible del futuro, vino a estrellarse, cual saeta, como una prueba y un desquite supuesto sobre la famélica y enjuta figura del renegado Pugilista.

A las 10:00 a.m., de un domingo 29 de marzo, supieron sus amigos la penosa y desagradable noticia, la misma se transmitió profusamente, aunque recibida con cierto escepticismo.

—No puede ser si anoche estábamos juntos bebién-

donos unos tragos, eran algunos de los muchos comentarios que se oían entre los amigos presentes que se habían arremolinados en la antesala de cuidados intensivos, donde dieciocho horas antes fijó su morada forzosa e involuntaria el Pugilista, en el inicio de un viaje aparente por el laberinto irreversible que nos lleva al mundo ignoto del más allá.

Dentro del grupo de amigo estaba el Dr. Valerio, que por condescendencia profesional lo dejaron ver al enfermo. Fue el único ser a parte de los facultativos del centro que pudo ver en ese estado semiagónico en que se encontraba el Pugilista. Cuando Valerio salió lo delataba su compungido rostro y la humedad incipiente que acababa de convertirse en dos grotescas lágrimas.

—Qué pasó, se murió, preguntaron al unísono los amigos, al verlo salir en tal estado.

—No todavía; pero está feo para la foto, repuso el doctor amigo.

Los familiares llegaban desde sus respectivos lugares, porque se había corrido la voz de que el Pugilista estaba en las últimas. Al cumplirse las veinticuatro horas del ingreso del enfermo, los familiares determinaron pedir una explicación amplia y pormenorizada a la dirección de la clínica sobre el estado de su pariente, a lo que ésta accedió; pero con la condición de que hasta que el especialista en cardiología no emitiera su opinión no podían tomar ninguna decisión con la propiedad y la prudencia atinente en la delicada situación.

Así sucedió más tardes, el diagnóstico del Dr. Campusano, cardiólogo de reputada experiencia fue que

el estado del enfermo era grave y altamente complicado. También opinó que si no experimentaba algún cambio positivo dentro de las próximas doce horas era difícil que rebasara la crisis.

Afortunadamente dentro de la gravedad el Pugilista experimentó una ligera mejoría, mejoría ésta que le permitió hablar y salir de su prolongada somnolencia.

—Deseo que me lleven a Cuba, si no hay los medios, que llamen al compañero Castro, que él hallará los medios de que yo no muera en esta pocilga. Habló por primera vez el Pugilista después de la crisis.

Sus amigos más cercanos reunieron algún dinero y conjuntamente con las facilidades de las autoridades de Cuba el enfermo y un familiar suyo se trasladaron a un hospital del país caribeño, con todo los gasto cubiertos.

La situación en la isla no fue de lo más halagüeña, hubo crisis, hubo mejoría; pero también hubo vacilaciones en la posición ideal del enfermo.

A menudo el enfermo se interrogaba asimismo, — será que estoy pagando alguna culpa aquí en la tierra.

Parece que la profundidad de sus violaciones ante los ojos de la divinidad eran tan grandes que todavía no se habían exculpado.

Si la intensidad de la gravedad antes de partir fue crítica, la que le atacó fuera de su lar fue enorme, tanto así que su hermana, quién le acompañaba en el viaje, decidió llamar, para que prepararan los trámites de funeraria y entierro.

Desahuciado, ese fue el término que utilizó el facultativo cuando hizo la última evaluación.

—No se puede hacer absolutamente nada, solo un milagro pudiera salvarlo y éstos no existen, terminó diciendo el doctor.

Prepararon los trámites para el regreso, lo único que ahora la situación era radicalmente inversa, originalmente vino a curarse; pero a retorna, posiblemente a morir.

El Pugilista entre sus amigos resultaba mimado, éstos por su misma contextura física y por la manera en que enfrentaba las situaciones; regularmente en ocasiones difíciles y preocupantes sacaba un chiste que a veces resultaba irritante; cosa que, la mayor parte lo hacían acreedor de una alta estima; por tal motivo el aeropuerto se vio repleto de familiares y amigos el 31 de mayo, cuando el avión ambulancia aterrizó con el hombre que había borrado de su léxico el sustantivo Dios. Fue recibido con una gran manifestación de dolor y pesares.

Llegó con el labio inferior inclinado hacia la izquierda, como si el mismo obedeciera a la tendencia de su inclinación ideal, de su nariz afloraban mucosidades incesantes, que le dificultaban una respiración normal. Era una situación asqueante y lastimera. Todos estaban altamente convencidos que la situación era solo de espera; no obstante algo vino a cambiar la atmósfera reinante, algo inesperado y fortuito, un estornudo se hizo presente, el mismo se repitió por dos veces consecutivas, arrastrando como secuela una viscosidad amarillenta, pero el

color no era menos desagradable que el hedor fétido que se desprendía del mismo.

Todo indicaba que al estornudar tomó algunas inhalaciones de oxígeno, porque con mucho esfuerzo, pudo exclamar como el mártir del Gólgota, —Dios mío, porqué me has abandonado.

Al pronunciar dicha expresión, los ojos se le abrieron y al reconocer su entorno, volvió hablar; pero ahora lo haría para reclamar comida a su hermana y mamá de crianza.

—Quiero sopa, dénme mucha sopa que me muero de hambre, volvió a exclamar por segunda vez.

Su hermana, contraria conceptualmente a él, había premonizado, que si su hermano aclamaba a Dios, aunque estuviera en las últimas se salvaría. Este no sólo se salvó, sino que si alguien en la actualidad le habla en contra de Dios, se convierte fácilmente en su enemigo, porque sacó la conclusión de que en su hora postrera, Dios lo regresó del laberinto indescifrable, que nos lleva al ignoto mundo del más allá.

29-12-97

El día que Salazar dejó de ser hombre

La bruma del día empalidecía la tarde, tal vez la nostalgia se adelantaba a la infortuna noticia, a la triste noticia que se avecinaba desde la distancia cercana. La oscuridad grisácea que se extendía en el espacio hacia confundir la mitad de la tarde con la entrada de la noche. Eran sin embargo, las tres de la tarde, hora del sábado, cuando llegó el recado. Lo habían enviado con un campesino, que con su lenguaje franco y sin tapujos, lo dejó caer.

—Aquí es que vive Salazar.

— El no se encuentra, pero realmente es aquí que vive, le advirtió una que hacía las veces de trabajadora.

—Pues lo esperaré, porque su prima Tatica ya no puede esperar más, acaba de morir.

Como se trataba de muerte la señora Ñoña que trabajaba al cuidado de los quehaceres domésticos en la casa de Salazar, decidió ir en búsqueda de éste, al

cual encontró jugando una partida de dominó con los muchachos del vecindario.

—Buenas tardes, interrumpió Ñoña.

Algo grande debió haber sucedido, pensó Salazar, porque era la primera vez que la señora trabajadora tomaba una iniciativa de esa naturaleza.

—Qué sucede, preguntó algo perplejo el patrono.

La señora le exhortó que dejara jugar a otro y que fuera con ella a la casa, por mas que insistió, Ñoña no quiso decirle el motivo de su visita inesperada, sólo le decía; —allá hay un sujeto esperándolo.

En pocos minutos estaban en la casa, en donde aguardaba Papito, sentado en un banquito, fumándose un cigarrillito hecho a manos, con papel de estraza.

—Cómo está señor, saludó Salazar.

—Déjese de mucho saludos y váyase hacer cargo del cadáver, contestó el mensajero.

—Pero..., quién murió, inquirió Salazar, a lo que Papito repuso; —pero la señora no le dijo que Tatica se jodió, oh! si; apenas hace una hora. Si usted la vez, parece que está viva.

Al ser su prima mayor y estando sus padres muy enfermos y fuera del país, su responsabilidad era hacerse cargo de todos los pormenores de la situación.

Atortolado y cargado de pesares, Salazar se preparó mentalmente y en compañía del campesino emprendió el viaje. En la medida que avanzaban un nudo obstruyente se deslizaba por la garganta del primo de la difunta, y el estómago se agitaba a la carrera. La distan-

cia era relativamente corta, unos cinco kilómetros separaban al campito donde murió Tatica de la ciudad. Agotaron el trayecto con una velocidad supersónica, nunca el vehículo honda de Salazar se había desplazado con tanta prisa.

El añusgo de la garganta y la presión del estómago se deslizaron por la anatomía de Salazar e hicieron presencia en los intestinos, motivo por el cual tuvo que arrimar el vehículo a un lado del camino a mucha prisa, y deshacerse del pantalón, para no llegar desacreditado al mortuorio de la prima Tatica.

Al llegar se armó de valor, con voz engolada y estentórea dispuso la administración de los preparativos del cuerpo antes del entierro.

Rondaban las 4:15p.m., cuando terminaron los arreglos. Un vestido blanco en seda con encajes rojos en el cuello y las mangas, como si fuera la invitada de honor a la última fiesta a celebrarse en la tierra, cubría la fría e inerte figura de Altagracia Salazar.

En término jocoso, Salazar después de haber ordenado la indumentaria de su difunta prima, dijo:

—La vestí así con su mejor traje, a ver si desde que llegue al cielo se levanta un muchachón.

El chiste resultó fuera de tono, inclusive irritó a los presentes menos cercanos; pero a Salazar le gustaba usar ese tipo de chanzas. Al notar éste que su jocosidad no asentó con agrado, quiso reparar con algo más contundente; pero el daño aparentemente fue peor. Y resultó, cuando dijo:

—El muerto con tierra tiene, ella debe sentirse agra-

decida que haya venido en persona hacerme cargo de sus despojos.

La actitud de Salazar, normal en cualquier grupo medianamente civilizado, provocó nuevamente escozor en el ambiente rústico y supersticioso donde había morado horas antes Tatica, por ello hubo un silencio encogedor, hasta que uno de los presentes interrumpió; pero a qué horas es que vamos a empezar a rezar. Ponderando la solicitud espontánea del vecino preocupado, decidieron hacer tres rosarios, el primero a las 6:00 de la tarde, los otros a las doce de la noche, y el final a las 6:00 a.m., del día siguiente, domingo.

El entierro se programó para las 3 de la tarde del domingo, tiempo prudente, haber si los familiares más cercanos que vivía en el extranjero llegaban al funeral, no ocurrió así y Salazar tuvo que entenderse con todos los pormenores del mismo.

Justamente a las 4:30 de la tarde salieron del campo santo, donde yacerían para siempre los restos de Tatica, quien murió al decir de los vecinos de un aborto que le provocó una de las comadronas del lugar.

Campo Nuevo, a pesar de no ser una ciudad, ya reflejaba síntomas de penetración que no eran oriundos del lugar, por eso al salir del entierro tenían orquestado hacer un sancocho tipo paella, para despedir a una de las mujeres más folklórica y pintoresca de Campo Nuevo.

El sancocho estuvo a las ocho de la noche. La mayoría de la gente al haber amanecido el día anterior se encontraba completamente exhausta; razón ésta que dio

lugar a que las actividades post entierro se terminaran tan pronto la comida había concluido.

La espesura de la noche era completamente profusa, cuando a las 9 de la noche Salazar emprendió el viaje de regreso. Venía solo y algo triste a pesar de los chistes que había hecho a expensa de su difunta prima. A pesar de ser tan corto el camino, ya el sueño estaba haciéndole estrago, había cerrado los ojos momentáneamente, cuando una de las puertas de atrás se abrió y volvió a cerrarse como si alguien se hubiera montado.

El sueño de Salazar ahora se había convertido en una interrogante; pero no sólo en inquietud, sino en un fardo de aprehensiones, pensó en la brisa y hasta en que la puerta pudo estar abierta. En ese instante no pensó en la prima muerta, porque hasta ese momento tenía la plena convicción de que el muerto con tierra tiene; pero cambió de parecer cuando la puerta izquierda de atrás también se abrió y volvió y se cerró con mucha energía.

Con voz trémula y algo inconsistente, Salazar susurró para sí y se comentó.

—Esto se está poniendo complicado.

Ya el miedo había rebosado los límites del soporte y de la calma, hizo intento de mirar hacia atrás; pero le fue imposible, sólo atinó a bajar el pie hasta lo más profundo del acelerador y llegar a la ciudad. Cuando se desmontó las dos puertas de atrás se abrieron y quedaron de par en par como si alguien saliera junto con él. Salazar no pudo más, le tocó con fuerza a Ñoña quién acababa también de tener una enorme pesadilla,

ésta sin vacilación se tiró de la cama y fue en auxilio de su patrono.

—¿Don, y qué le sucede?, preguntó la trabajadora.

—Mañana hablaremos, repuso Salazar. Lo único que le voy a solicitar es que duerma conmigo.

Entre sobresaltos y pesadillas, por fin llegaron los claros del lunes.

—Fue una noche terrible, balbuceó con amargura al levantarse la señora.

En ese instante Salazar recordó que las puertas de tras de su vehículo habían quedado abiertas. Se levantó y al ir a cerrarlas ya era innecesario estaban cerradas y con seguros.

Volvió a encogerse; ahora no podía disimular su contrariedad; pero también le afloraban a su mente los relajos que usó antes de enterrar a Tatica.

Le relató a su criada todo lo ocurrido desde que llegó a la casa de la difunta, hasta que se despidió, también le hizo alusión de que en dos ocasiones usó una que otras chanzas, para romper la intensidad del peso del ambiente; pero que él consideraba que eso era simples memeses que en tal caso no debía ofender a la difunta.

—Eso cree usted; pero uno nunca sabe nada cuando se trata de muerto, le contestó Ñoña.

El tiempo siguió surcando paso a paso las entretejidas malezas del devenir y con ello haciendo historia, sin embargo, ningún acontecimiento pudo sucederse que acercara a Salazar a los momentos desagradable e inolvidables de la noche en que enterraron a su prima Tatica.

Catorce años atrás tenían de sepultados los extra-

ños acontecimiento de Salazar y Tatica. Este para aquel entonces rondaba los treinta y cinco. A los cuarenta y nueve años de edad el hijo de la vieja Fefa y de Don Sala, tenía la firme convicción y así quedó marcado en forma indeleble en su mente que entre los vivos y los muertos existe alguna relación.

Todo había sido relegado a la fría y silente elocuencia del tiempo, no obstante e los adentros, cada vez que Salazar recordaba el eco se erizaba.

Un viernes, entrada la penumbra de la noche, Salazar invita a un amigo, para que se trasladen a tres o cuatro kilómetros a comprar algunas libras de chivo. El amigo que precisamente tenía unos invitados, vio la ida de muy buenas ganas y también compró no sólo chivo, sino también cuatro pipianes, para festejar, ya que el día siguiente era de asueto.

En la ida habían adquirido un escocés y en la medida que iban tomando se hacían más extrovertidos por ello al caer el vehículo en un hoyo y abrírsele una de la puerta trasera, Salazar exclamó, ¡carajo!, al preguntarle su amigo que qué sucedía, éste con mucho misterio y respeto le confesó lo que le había sucedido catorce años atrás con una prima que murió. Después de haber escuchado la historia su amigo que hasta ese momento sólo era un oyente, le dijo; —si soy yo me detengo y verifico las puertas y de esa manera me cercioro de lo que estuviere pasando.

—Maestro, le contestó Salazar, una cosa es decirlo; pero otra es verse envuelto en la realidad, ese día yo dejé de ser hombre.

Prosiguieron el viaje de regreso y el amigo encaminó a Salazar a su casa. Al llegar desmontó aparentemente la carne y el pipían; pero en la funda donde el carnicero puso la carne y el pipían, sólo estaba la carne, razón por la cual, éste se devolvió a la casa de Salazar, haber si había alguna equivocación, pero allá le razonaron y además le enseñaron el envase donde todavía tenían la carne que Salazar había comprado.

Este hecho perturbó tanto al maestro amigo de Salazar, que al otro día cuando se levantó fue donde el carnicero a preguntarle por el pipían. Este le dijo que no, que él lo había echado junto con la carne, que lo buscaran bien.

En el transcurso de las primeras horas de la mañana del día feriado, Salazar en su casa y el maestro en la de él, ambos tenían en forma silente la incertidumbre del episodio del pipían. A las 9:45 a.m. de esa misma mañana se desmarañó el misterio, la esposa de Salazar llegó apresurada, lo hizo en un taxis, hasta se le olvidó pagar. —El pipían apareció allá encima de la cama del niño, nos dañó todo el colchón porque botó mucha sangre, el hedor no se soporta. Salazar, prosiguió diciendo tiene una fiebre de cuarenta, está arropado de pie a cabeza.

Para Salazar este acontecimiento constituyó una lección, jamás tomó trago, para no verse tentado hablar del episodio de su difunta prima Tatica.

19-2-98

Esta primera edición del libro
Siete Cuentos, una Noche y un Día
de **Juan Martínez Montero**
se terminó de imprimir en el mes de junio de 2002
en los talleres gráficos de Editora Búho,
Santo Domingo, República Dominicana.

OBRAS DE
JUAN MARTÍNEZ

◆ *El sitio de donde el diablo se mudó*, novela, primera edición: 1998; segunda edición: 2002.

◆ *Sucesos extraños alrededor de una casa*, novela, primera edición: 1998; segunda edición: 2002.

◆ *Lenguaje, gramática y técnicas de redacción*, (libro técnico), primera edición: 2001; segunda edición: 2002.

De próxima aparición:

NOVELAS

- ◆ La ciudad de los vivos muertos.
- ◆ El paraíso y el infierno amarrados por la cintura.

MÁXIMAS Y PENSAMIENTOS

- ◆ El zumo de una vida

LIBRO TÉCNICO

- ◆ Créditos y cobranza

ISBN 99934-0-303-2

